

los padecimientos del cuerpo, sólo la Religión católica sabe curar radicalmente los que corresponden al sentimiento y al espíritu racional ó el alma humana.

A este movimiento filosófico de estos últimos años, que hemos indicado superficialmente, debemos añadir la reforma indicada por Herbart, cuyas afirmaciones é hipótesis aventuradas, donde se abusa del cálculo matemático (monología mecánica á la manera de Leibnitz, si bien la de este filósofo era dinámica) marchan al materialismo, contribuyendo á la reacción contra el trascendentalismo de los discípulos de la escuela de K nigsberg.

Otro filósofo cuyas opiniones en nuestros días han llegado á formar escuela es Schopenhauer, el cual baj  al sepulcro en 1860. Su concepción es panteista y materialista; es más, es atea, pues busca el objeto de la filosofía en la esencia intima á la cual se llega por la observación interna y externa y no se ocupa en indagar de dónde procede, para qué, ni cómo es el mundo, sino que es. Empero, lo considera sér único con una sola esencia llamada *Voluntad*, objetivándose unas veces concientemente y otras inconcientemente. La realidad para este filósofo es también una ilusión, un conjunto de fenómenos   apariencias, y la vida entera un dolor permanente. Esta escuela ha sido difundida por Hartmann, Asher, Bahnsen, M nlander, y particularmente por el fisiólogo materialista Frauenst dt. En ella se nota la influencia kantiana y ciertas reminiscencias hegelianas y la teoría moral es un recuerdo   una reproducción de la moral b dica con su pesimismo y su *nirvana*.

Hartmann, es el representante genuino   independiente de Schopenhauer, si bien en su obra principal modifica de un modo notable los principios de su maestro.

La *idea* es el principio del mundo como esencia; pero principio pasivo   inerte, que representa un atributo del Absoluto, del sér *Uno-Inconciente*.

La *voluntad* es el principio del mundo como existencia activa, y atributo de fuerza de aquel Absoluto, del sér *Uno-Inconciente*.

De aquí resulta, que la idea y la voluntad son los dos factores necesarios y relativamente independientes, los cuales comprenden la realidad metafisica del cosmos. La idea representa el proceso lógico, y la voluntad el proceso ilógico; las dos son impotentes para explicar por sí solas el mundo y los seres que lo pueblan, porque hay en él *orden* y *fuerza*; de donde resulta, algo anterior, sujeto de ambos, que se llama el *S r inconciente*; base común de los principios verdaderos y efectivos de las cosas que son la idea y la voluntad. El universo no es más que una sucesión de fenómenos del Inconciente, que se presenta principalmente como materia, como fuerza generatriz y como ciencia.

«El término fatal de todo, dice el sabio sacerdote D. Francisco Caminero en la Memoria antes citada, es la aniquilación no sólo de la Voluntad conciente, sino de la Voluntad absoluta, y el verdadero destino moral del hombre es entregarse con completa abnegación al *processus* natural de las cosas, para que este *processus* concluya más pronto, y cese toda voluntad, y con ella desaparezca el mal   dolor y se llegue á la supresión de toda existencia, al nihilismo absoluto, y estamos otra vez en pleno budhismo, cuya moral es para Hartmann muy superior á la cristiana, puesto que ésta se funda en un teismo personal, y sólo en la budhista halla fundamento sólido la moral pesimista. Y un filósofo que establece el más explícito panteismo, y niega expresamente la personalidad humana y la existencia del alma como sér espiritual   inmortal, y la libertad, y da por destino al hombre y al mundo todo la aniquilación completa, de modo que cese el *processus* del mundo sin dejar elementos para otro nuevo, anda discurrendo y escribe libros sobre la *religión del porvenir*, que será, dice, un panteismo lo más impersonal posible, y una fusión de las ideas budhistas y de las cristianas, en que desaparezcan las imperfecciones y se renuncian las ventajas de una y otra religión. Y esto hace gran ruido en el mundo científico, y se traduce y comenta y discute con seriedad, y es la concepción de un hombre lleno de doctrina y de talento.   tales extremos puede reducir al humano entendimiento el mareo engendrado por la ciencia trascendental, por los ensueños panteistas, por el contagio de protesta y de incredulidad respecto á lo sobrenatural y tradicional, que nunca se abandona impunemente, porque es una ley de la humanidad.»

Dejamos bosquejadas las diferentes direcciones que había tomado el espíritu filosófico hasta alcanzar los presentes días, inspirado en el fondo por las doctrinas de Locke, Condillac, Cabanis, Destrut de Tracy, y sobre todo por Kant y Hegel. El racionalismo empírico   experimental también ha dado señales evidentes de vida robusta, como hemos apuntado en el capitulo anterior, y recordaremos en el presente para discutir sus problemas más principales en la *segunda parte* de esta obra.

Una escuela basada en el sentimentalismo, que tuvo á su frente á Laromigui re, dió lugar á una concepción filosófica debida á Royer Collard, la cual fué desarrollada con todas las galas de la ciencia por Victor Cousin: esta nueva escuela, que en España tuvo también sus adeptos, era el *eclecticismo*, que buscó en todos los sistemas, tanto antiguos como modernos, cuanto tuviesen de verdadero y bien probado.

En ella se descubre el espíritu racionalista, más en la contienda entablada entre el materialismo ateo de los enciclopedistas y el racionalismo espiritualista, terci  principalmente el sentimiento católico representado por Chateau-

briand, Bonald, De Maistre y otros filósofos cristianos. Es probable que al examinar el fondo del eclecticismo de Cousin, se encuentre que su punto de partida se halla en la escuela escocesa y en el subjetivismo cartesiano.

Todas estas doctrinas, pues, manifiestan las diferentes escuelas filosóficas que ha recorrido la humanidad durante el siglo XIX, y con especialidad en su segunda etapa. En medio de sus vaivenes, de sus progresos y de sus derrotas, la escuela materialista y la positivista han continuado con todo su atrevimiento y temeridad, con aquella intolerancia y exclusivismo que siempre las han hecho repulsivas, buscando ciertas amalgamas de elementos esencialmente diversos por su origen y filiación, á las cuales se les da el nombre de *direcciones especiales sincréticas*. Lotze, Helmholtz, Weber, Carus, y otros profesores de notable saber, han buscado inútilmente la armonía y el acuerdo de los principios en que se funda la doctrina kantiana y las evoluciones de sus discípulos, que en vano han pretendido absorber á la filosofía cristiano-católica.

Hay cosas que de suyo se rechazan y son irreconciliables, á pesar de cuantos esfuerzos haga la inteligencia del hombre estudioso y pensador. La escuela racionalista fracasará siempre que su audacia quiera avasallar la dirección cristiano-católica; porque probablemente se incurrirá siempre en errores teológicos que la Iglesia reprueba: tal sucedió á Günther. En Alemania donde con excesiva frecuencia se presentan nuevos filósofos, nada tendrá de extraño; por el contrario será lo más lógico y natural, que vuelvan al campo de la discusión las doctrinas ya debatidas de Leibnitz, ó de algún filósofo de las escuelas griegas; donde en confusa mezcla siempre sale á luz el kantismo, y particularmente la concepción hegeliana.

Ya hemos dado á conocer el materialismo contemporáneo que apadrina la filosofía positiva de A. Comte, Littré, Stuart Mill, y otros muchos profesores de especialidades científico-empíricas, como Bain, Lewes, Ardigó y Hebert Spencer, que elevándose á la metafísica positiva, por más que sus adeptos reniegan de la metafísica, plantea y á su manera resuelve los principales problemas de la *sociología* y de la escuela utilitaria inglesa.

Para estos materialistas no hay más que *materia* ó *movimiento de la materia*; para ellos el *placer* sensual y el goce de los sentidos es el bien supremo. Esta doctrina, funesta en sus consecuencias, ha sido popularizada en Alemania por L. Büchner y otros profesores, publicando el primero las obras intituladas: *Fuerza y Materia, Naturaleza y Espíritu y El hombre según la ciencia*.

Aquellos profesores, que como antes dijimos formaban la parte más intransigente de la escuela hegeliana, como C. Wogt, Littré, Moleschott, Virchow, Tindall, Huxley, Jacquot, Burmeister, Bois-Reymond, Dühring y particularmente Löwenthal, que en su *Sistema é historia del naturalismo* se ha com-

placido en levantar el estandarte de guerra contra Dios, negando con el mayor cinismo y desvergüenza cuanto corresponde á los seres espirituales y supra-sensibles, han conmovido los cimientos de nuestra sociedad productora, emponzoñando el corazón de los hombres laboriosos y honrados, que no ven en esto una cuestión de escuela, sino que descienden al proletariado, al trabajo, al capital, á la propiedad y al Estado. Mientras estas exageraciones materialistas no han traspasado los límites de los dorados y confortables salones de las academias, ateneos y liceos, la humanidad, en general, no se ha resentido y las distintas jerarquías sociales se han respetado mutuamente en sus derechos y deberes; empero, cuando las diabólicas concepciones de hombres turbulentos é incrédulos han penetrado con su propaganda en los talleres y en las fábricas, en el campo y en los distritos rurales, se ha levantado un clamoreo inmotivado, se ha tenido repugnancia al trabajo, han aumentado todos los crímenes y reaparecido las sangrientas luchas que dieron en no lejanos días abundante cosecha de víctimas, incendios y toda clase de perturbaciones. Nuestro siglo, con su materialismo práctico, será para la historia el siglo funesto que en medio de sus adelantos verdaderos en las ciencias de aplicación, habrá conculcado todos los principios y fundamentos del derecho y de la moral cristiana.

¿Y qué lugar ocupa en el desarrollo filosófico contemporáneo la nueva escuela que lleva por nombre *Filosofía crítica*? ¡Ah! esta concepción, á cuyo frente se hallan los señores Renán, Taine y Vacherot, es atea, y como tal funesta para el hombre del trabajo y para la juventud estudiosa.

Aquí el pensamiento vaga indeciso y confuso entre el hecho material y la abstracción metafísica; se niega lo sobrenatural, buscando su punto de apoyo en el positivismo materialista y en el darwinismo. El análisis psicológico y la crítica histórico-literaria, forman los fundamentos del método que ha tenido la presunción de hallarse á igual distancia del teísmo y del ateísmo, del idealismo y del positivismo, del escepticismo y del dogmatismo, y del absoluto trascendente y del absoluto inmanente.

Renán pretende que Dios sea la categoría más elevada de lo ideal, y que el cielo no sea más que el pensamiento del hombre que se ocupa de aquella categoría.

Para Taine la idea de Dios es una ley que preside el desarrollo de los seres cósmicos; es decir, una fuerza inmanente del mundo, que por una abstracción del entendimiento se transforma en sér ideal y filosófico, el cual puede representarse por un ente metafísico y místico si el movimiento de abstracción se junta con el entusiasmo y exaltación de nuestra mente.

Vacherot piensa de la misma manera, si bien se presenta más claro y con-

tudente: no hay más Dios, dice este filósofo tan desgraciado como sus colegas, que el Cosmos, el Mundo.

Además toman parte activa en esta escuela el señor Béraud, para quien Dios es una concepción ideal del espiritualismo humano, como dijo también Renán con hipócrita sentido; Renouvier, que ha mezclado el neo-kantismo con el panteísmo idealista de Hegel y el positivismo darwinista; y algún otro visionario utopista, para quienes lo divino debe buscarse en la naturaleza y en la historia.

Hipótesis todas estas á cual más descabellada que tocan al absurdo y tienen que buscar en los idiomas de los pueblos civilizados palabras adecuadas, y algunas veces hasta malsonantes, para dar á conocer la esencia materialista y atea que entrañan en su seno. Sin embargo, puede asegurarse, que como nada han probado en el terreno de las ciencias filosóficas, ni en el de las ciencias empíricas y experimentales, nos hemos quedado lo mismo. Tal vez no los hubiéramos mentado aquí; pues la *Filosofía crítica contemporánea*, á nuestro modo de ver, representa un nuevo esfuerzo, y por cierto que no será el último, del positivismo científico para sostener las ilusiones de sus adeptos.

Y en esta revista general filosófica correspondiente á nuestros tiempos, que estamos nada más que indicando, y cuyas consecuencias por desgracia experimentamos todos los días, corresponde una buena parte á las doctrinas disolventes que han difundido muchos profesores consagrados al estudio de la naturaleza, entre los cuales ocupa un lugar preferente el sistema de la evolución y el transformismo, que con otros problemas de la misma índole examinaremos en los capítulos que forman la *segunda parte* de este libro. Empero, séanos permitido recordar aquí al profesor E. Hæckel á quien ya hemos nombrado alguna vez, el cual entre los secuaces del naturalista inglés es el que indudablemente ocupa con mayor entusiasmo y tenacidad lo que se puede llamar la *extrema izquierda* de esta escuela. Naturalista atrevido, amante de nuevos sistemas y de extremadas teorías, ha publicado un tratado de *Morfología general*, otro de *Historia natural de la creación*, un tercero de *Antropogenia* y varios trabajos aislados de especial interés científico, sobre todo para la controversia, habiendo dado á luz recientemente su *Viaje por la India*. Á él debemos la peregrina idea de un reino intermedio entre el vegetal y el zoológico, que designa con el nombre de *reino de los protistas*; idea que ya se le había ocurrido á Bory de Saint-Vincent (le llamó el reino *psicodiario*). Los nombres respetables de Huxley, Zöllner, Jäger, Schlesiden y de otros varios ha aumentado el valor científico de esta escuela, que como otras de su misma índole marcha rápidamente á su ocaso. ¡Ah! es que los siglos y las generaciones se suceden sin interrupción, y los sabios de todos los tiempos luchan en vano para descorrer el tupido velo

que cubre las leyes misteriosas de la creación. Estas luchas, son la audacia de la vanidad humana, el pugilato del hombre caído, contrariado á cada instante por un sin número de obstáculos, que le hacen conocer su pequeñez, cuando ciego y fuera de sí reniega ó desconoce el Sér Supremo, á quien debe su existencia. Y el hombre arrastrado por el orgullo, dominado por sus erróneas concepciones, abrumado por el conjunto de maravillas que le cercan por todas partes, se ve muchas veces impulsado por un fatalismo materialista que le aleja de la luz divina y le precipita en el abismo de la incredulidad.

Y en esta avalancha de sistemas y escuelas al terminar el siglo XIX, en cuyo fondo se descubre siempre el ateísmo, sobresale un hombre que se ha hecho célebre por sus diabólicas locuras y por sus espantosas predicaciones político-sociales. Tal ha sido Proudhon en sus múltiples producciones, todas anárquicas, antisociales y nihilistas. ¿Qué se puede esperar de aquel desgraciado que sienta como fundamento de su doctrina, que el primer deber del hombre inteligente y libre consiste en arrojar continuamente de su espíritu y de su conciencia la idea de Dios? ¿Cómo es posible que un hombre que piense y tenga su juicio cabal diga que el principio social es la justicia, y la consecuencia inmediata la perfecta igualdad? ¿Qué de extraño tiene que un sabio delirante, durante uno de sus repetidos accesos, clame á grandes voces que la propiedad es el origen esencial del desequilibrio de la sociedad, y de ello deduzca aquella tenebrosa definición, *la propiedad es el robo*?

Ante esas doctrinas perturbadoras y disolventes que en estos días agitan y commueven las masas inconscientes que se llaman desheredadas, ante esas luchas y pugilatos sociales emprendidos hoy contra la clase media y laboriosa, ante esa revolución constante so pretexto de soñados derechos y de liquidaciones sangrientas, ante ese materialismo absorbente deslumbrado por la idea del placer y de la orgía; deberán oponerse fuertes y poderosos diques sostenidos por el principio moral, por el derecho y por los santos preceptos del Catolicismo que siempre ha procurado difundir la ilustración, buscando los medios más justos para mejorar las condiciones y bienestar de las clases obreras y proletarias consagradas al trabajo.

¿Quién duda que el obrero en todas partes, tiene hoy una ilustración mayor que en otras épocas? La inteligencia humana, en general, ha experimentado adelantos positivos que reclaman mayor recompensa al trabajo; empero, estas retribuciones justas, necesarias y hasta morales, tienen que estar en armonía con la importancia de la manufactura, la extensión de la demanda y el estado de las transacciones mercantiles. Sería imprudente y hasta temerario pedir aumento de salario, *nunca disminución de horas de trabajo*, con el pretexto de instruirse. ¿No hemos visto en que ocupan el tiempo la mayoría de nuestros

obreros, sobre todo en las poblaciones rurales? Si la manufactura elaborada no tiene inmediata salida, y se halla estancada por no poder competir con las similares de otros países, sufre una pérdida real; las *huelgas* serán siempre un mal para la industria y para el obrero.

¡Desgraciada la nación que no cuenta con vida propia é independiente para moverse separada de toda tutela y protección! Entonces los elementos de su existencia y los fueros de su independencia se ven absorbidos por aquellos que cuentan con mayor ilustración y con más veneros de riqueza estable y permanente. De aquí la necesidad imperiosa de proteger y fomentar la agricultura y el trabajo nacional que son la base del comercio; de aquí lo que llamamos escuela proteccionista, que muy bien pudiera calificársela de escuela nacional.

¿Qué entenderán por reciprocidad de derechos y deberes, aquellos que buscan en los trastornos político-sociales su medro personal?

Los derechos mal llamados *individuales*, que se dicen ilegíslables, son peculiares y comunes á todos los hombres, porque son derechos que da Dios al reino hominal. Y como estos derechos imponen deberes, de aquí que las obligaciones sean iguales para todos los hombres, ora sea obrero, ó menestral, ora comerciante ú hombre de letras ó ciencias, ora agricultor, propietario, burgés, banquero, aristócrata ó de otra clase y posición cualquiera.

¿Qué se desea, ó á qué se aspira con destruir lo que se llaman jerarquías y privilegios de capacidad y posición industrial ó fabril?

Lo diremos con franqueza. Retroceder algunos siglos, volver al estado de salvajismo, donde imperará el derecho del más fuerte. Utopía ridícula y vergonzosa, reclamada á grandes voces por una multitud de hombres dedicados al trabajo, á quienes deslumbran y engañan unos cuantos desgraciados, que por su indolencia, quizá por su poco apego á este trabajo ó por otra causa cualquiera, carecen de los medios suficientes para atender á las necesidades de la vida. El talento, la disposición individual, el valor, la honradez, la suerte... (deidad veleidosa y muchas veces injusta) serán siempre cualidades que elevarán á ciertos hombres sobre la generalidad de los demás. Mirad lo que acontece en las sociedades, asambleas y reuniones, cualquiera que sea el rango y categoría de sus individuos. Aquel que sobresale por alguna de aquellas dotes, es el que se elige para presidente, jefe ó director. Hombre hay que no sabe á quién ni por qué ha dado su sufragio, que, tal vez, haya decidido del éxito de la elección y de la suerte de todo un sistema económico.

Á aquellos que cantan himnos á la fraternidad humana y que no quieren fronteras para las naciones, ni diferencias de raza, les diremos en el sentido político-social, que se pasean por el *jardín de las Hespérides*, ó que se hallan bajo la influencia de un sueño magnético. Sí; todos tenemos un común origen

y somos iguales en presencia de Dios y después ante la ley civil, y por esto la Religión católica, apostólica y romana, es la Religión verdadera y universal que cobija bajo su augusto manto á la humanidad entera sin conocer nacionalidades, razas ni privilegios de sangre ni de otra cualesquier especie. Aquí está la igualdad con toda su desnudez y pureza.

Aquellos que proclaman la unión compacta, universal y uniforme de los trabajadores con las demás posiciones sociales para alcanzar por sí su emancipación, acarician una ilusión engañadora que en vano llegarán á realizar. El pueblo se divide, porque esta división es una condición inherente á la humanidad; el trabajador se separa también y se agrupa, porque así lo exige el mérito y el valor de las faenas que cada uno realiza; los obreros se diferencian entre sí, por que la inteligencia y la percepción es distinta, así como los diversos grados de aplicación; la sociedad, en fin, se ha fraccionado en otras épocas, se fracciona hoy y se fraccionará siempre, porque la evolución individual tiene sus fases variadas y sus períodos diferentes, en los cuales cada individualidad emplea para recorrerlo un espacio de tiempo desigual; y mientras un hombre recorre todos estos períodos en los primeros treinta años de su existencia, otro sér semejante en todo, anatómica y fisiológicamente considerado, muere en edad avanzada sin haber salido jamás de la primera etapa de su evolución social.

Hoy se ha inventado una palabra, la *burguesía*: palabra usada por primera vez por Luis Blanc en la *Historia de los treinta años*. ¿Qué son los *burgueses*? preguntará probablemente algún honrado padre de familia consagrado al trabajo cotidiano. Los *burgueses* son la clase media, la clase laboriosa, aquellos que disponen de algún capital, que unido á su trabajo personal y á su inteligencia en la dirección de los negocios, proporcionan ocupación en los talleres, obradores y fábricas á multitud de operarios de ambos sexos. El burgés, que constituye también nuestro *menestral acomodado*, trabaja diez, once y doce horas diarias, y luego roba al sueño algún tiempo para atender á la correspondencia, hacer sus apuntes particulares y otras muchos detalles que le impone su calidad de maestro, director y dueño. ¿Es esto digno de vituperio? ¿Podrá decirse que se impone al obrero, y que estruja el sudor de su frente, como se propala inconscientemente todos los días por algunos?... Creemos que no.

Por todas partes una fracción de los hombres trabajadores tiene amortiguado el sentimiento católico y la fe cristiana, y á medida que las creencias se debilitan, aumentan las necesidades de la vida animal y crece el egoísmo y la emulación. Los gastos de la familia aumentan también progresivamente y nada es suficiente para sostener los caprichos de la moda que absorbe los intereses que debieran destinarse á las comodidades de la familia y al bienestar

del hogar doméstico. De aquí nace este disgusto general de los obreros, esa lucha constante entre el capital y el trabajo, ese pugilato sin tregua ni cuartel entre el rico ó el capitalista y el obrero, entre el trabajador y su patrono. Lucha y pugilato que trae en pos de sí sublevaciones, huelgas, asociaciones clandestinas, congresos y toda suerte de trastornos que en el fondo entrañan un movimiento político. Los obreros se asocian para contrarestar, como dicen, la imposición del capital y ahuyentar el hambre; los patronos se coaligan asimismo en uso de igual derecho, á fin de defender sus intereses comprometidos continuamente y expuestos á miles de contingencias y vicisitudes que no tiene el trabajador. Nos parece que otra de las causas principales que aquejan á la clase trabajadora y proletaria debe buscarse en el poco amor que, en general, se tiene á la familia.

Aquella reunión de comunistas alemanes que en 1847, bajo la dirección de Carlos Marx, daba á todos los trabajadores la voz de alarma gritando *¡proletarios de todos los países, uníos!* adquirió vida en el meeting de San Martin-Hall, llamado de Polonia, donde se fijaron las bases de la *Internacional*, adquiriendo colosales proporciones y haciéndose temible en el congreso de Lausana (Ginebra) de 1867. Todos los gobiernos, de un modo más ó menos directo, se vieron en la necesidad de reprimir las aspiraciones disolventes de estas asociaciones colectivistas que, impulsadas por un radicalismo sin freno, no producen más que el desorden, las huelgas inmotivadas, los tribunales de sangre, los incendios, los asesinatos misteriosos, la muerte, en fin, de la sociedad. Hoy la Internacional cuyo principio fundamental es el *anarquismo* y la destrucción, existe disfrazada con nombres diferentes, las que antes fueron sociedades ó reuniones internacionales, hoy se llaman secciones de anarquistas, que celebraron en Sevilla un congreso, estando afiliados en España hasta 40.000, divididos en 600 secciones y en 250 federaciones. (*Memoria del último Congreso anarquista: Sevilla*). En dos palabras: lo que hoy con énfasis empalagoso se llama *sociología*, es un anarquismo disolvente, ambicioso, que cuando reúne á sus afiliados en congreso ó asamblea, se vuelve político, predicando la *Revolución social*, so pretexto de aliviar al obrero y al proletario.

Los nombres de Schulze, Carlos Marx y Bakounine condensan todos los principios, todas las ideas, todos los dogmas que proclaman la igualdad política, social y económica, porque en su modo de ver el mundo está dividido en explotadores y dominadores y explotados y esclavos. De aquí ¿cuántos delirios no deducen estos hombres funestos para combatir la Religión? La serie de congresos celebrados en varios países por la tolerancia punible de los gobiernos, presentan conclusiones aterradoras contra toda clase de riqueza, lanzando todas sus iras contra la clase media que llaman burguesía, para descender á una

liquidación social, á un colectivismo anárquico, á una federación que partiendo de las clases ínfimas llegúe hasta las más elevadas, sin autoridad, sin leyes, sin religión, pudiendo cada uno ser proletario, burgés, propietario, juez, magistrado, *gobernarse por sí mismo*, en una palabra, *libre federación de libres asociaciones de productores libres*.

Empero, en medio de ese cuadro desconsolador donde brillan con luz tenebrosa y se agitan en vertiginoso movimiento tantos elementos perturbadores y anticatólicos, la Religión del Crucificado ha sabido conservar al través del furioso vendaval su misión civilizadora, moral y santa; misión augusta y levantada que sostiene hoy con dignidad, y sabrá sostener mañana sean cuales fueren las tribulaciones que los acontecimientos futuros le tengan reservado. Y no se crea que entre los católicos falten sabios ilustres, filósofos profundos y pensadores distinguidos, naturalistas eminentes y profesores de alta capacidad científica, quienes en todos los ramos del saber humano sostengan los principios dogmáticos, combatiendo los errores de las escuelas ateas del siglo XIX, como lo hicieron otros sabios en todas las épocas de la historia de la Cristiandad.

En nuestros tiempos hemos visto como las distintas direcciones racionalistas y positivistas, fundadas en las hipótesis de Kant, Augusto Comte, Büchner, Darwin, Huxley, Hœckel, H. Spencer, Proudhón, Bakounine y Fanelli han encontrado en su camino eminencias literario-científicas de primer orden que han aplanado la soberbia de aquellos innovadores. Los nombres de Chateaubriand, Bonald, De Maistre, Frayssinnous, Montalembert, el P. Félix, Bautain, Gratry, Maret, Augusto Nicolás, Ozanán, el abate Moigno, Joly, Quatrefages, Arcelín, Hamir, y otros; los del P. Rosilli, el P. Ventura, el P. Carbonnelle, L. Veuillot, Lapparent, Amadeo de la Margerie, Meignán, el P. Secchi, Gilbert, Morichón, Hettinges, Güther, Kuhu y Locherer, Frochschem, Rosmini, Balmes, Staudenmaier, Gioberti, Sanseverino, el P. Zeferino González, el P. Cornoldi, el P. Bonriot, Donoso Cortés, el P. Mir, Alfredo Stor, el P. Llanas, Drey, Reush, Bechamp, padre é hijo, Saintpierre, Proost, James Mill, Oischinger, el P. Mendive, y otra pléyade de ilustres profesores y sabios de reconocido mérito y, saber, quienes han desvanecido aquellos sofismas y errores, siguiendo con especial atención las evoluciones de la falsa ciencia para demostrar sus locuras y sus extravíos.

El materialismo y el positivismo ó monismo, con su concepción sociológica, se aniquilarán indudablemente por sí solos, después de haber tenido la triste satisfacción de trastornar nuestra sociedad, en medio de desastrosas y terribles contiendas y apasionadas luchas de sangre, incendios, devastación y muerte. De todas partes, de todos los países ilustrados, de todos los pueblos de Europa y América se levanta un grito universal y unánime, que rechaza las

doctrinas anárquicas y disolventes que difunden esas escuelas llamadas filosóficas, positivistas, unicistas y colectivistas, las cuales buscando en las ciencias experimentales y sociales las pruebas de sus sofismas ó de sus ilusiones, han penetrado en los campos, en los talleres y en las fábricas para agitar á muchos ambiciosos esparciendo el terror y propagando el nihilismo.

¿Qué le importa al hombre del trabajo, al labrador ni al de negocios, al burgés ó al obrero que las edades geológicas tengan entre sí espacios de tiempo inmensos, ni que los habitantes de la Tierra del Fuego carezcan de civilización, ni mucho menos que los primeros hombres se sirviesen de utensilios de piedra tosca ó pulimentada? Estos problemas serán muy útiles y convenientes para la ciencia, servirán de tema ó discusión á academias, á memorias y libros; pero carecerán de importancia cuando descendan al campo, al taller ó á la fábrica.

Las predicaciones del fanático Pedro Siciliano, contra Dios, el derecho y la moral, producen sus efectos entre la multitud ignorante, y dan sus funestos resultados; y haciéndose eco de la sociología más furibunda é intransigente, se ofrece como un nuevo redentor del hombre y de la sociedad. La sociología, según este autor, es la gran protesta de la filosofía científica contra el *apriorismo* y el *ortodoxismo*; ella protesta también de aquellas teorías que dan á la sociedad humana un origen divino; protesta de la narración mosaica y de las ideas *geocéntrica* y *antropocéntrica*; protesta asimismo de la Providencia Omnipotente; hace una división arbitraria de trabajadores y holgazanes; protesta contra el capital ocioso, contra el trabajo falto de legítima y justa recompensa, y, en fin, en el afán de protestar, protesta hasta de su propia existencia. ¿Cómo desatender la importancia del trabajo y su legítima recompensa, en la sociedad del siglo XIX? De ninguna manera.

«El trabajo, dice Julio Sandeau, al terminar su *Magdalena*, es el que debe ser bendecido; por él habéis recobrado la juventud, el amor y la felicidad.» Y para la ciencia de Ricardo y Roscher, es el origen de la fortuna y la prosperidad de las naciones.

¿Es que la sociología ha olvidado la íntima unión de Dios con el hombre? O bien ¿es que prescinde de las creencias aceptadas por la humanidad, sobre que ha girado la civilización moderna? Ó, en fin, ¿la sociología va á levantar un nuevo palacio do se albergue el sentimiento, la razón y el derecho, para cuya construcción empleará nuevos materiales no conocidos hasta aquí? ¿Qué pretende esa sociología exagerada y disolvente al terminar el siglo XIX?

Proclamáis un organismo *unitario* para la humanidad entera, amalgamando á granel las razas y mezclando todas las civilizaciones, todas las costumbres, todas las creencias de una colectividad, que desde los primeros tiempos

se halla fraccionada. Y sois tan buenos y tan cándidos que en vuestras utopias os hacéis la ilusión de unir las hordas salvajes de la Polinesia, de la América ó de la Australia, con la elegancia y pulcritud que la educación ha dado al francés, al italiano y al español, y en general á las naciones que formaron la antigua Europa; queréis equiparar la sagacidad nómada de las tribus árabes y de muchas asiáticas, con la severidad del inglés ó la rectitud del alemán y buscáis puntos de contacto íntimo en los hábitos de servidumbre de ciertas comarcas del imperio ruso, con la libertad licenciosa y descocada que predomina en los pueblos de la Unión americana. Olvidáis sin duda, al marchar á su ocaso el siglo en que hemos nacido, que en la vasta superficie de la tierra habitada por el hombre, encontramos aquí una monarquía absoluta, allá monarquías constitucionales, acullá un despotismo ilustrado; unos viven felices y contentos bajo el cetro autocrático de un monarca y otros en vertiginoso movimiento se apellidan republicanos unitarios, posibilistas ó federales, y estas democracias, más ó menos perturbadoras, agotan el cáliz del trabajo sino quieren verse sumidas en la postración y la miseria. En un mismo imperio podemos estudiar todas las fases de la sociedad actual, desde la pristina salvajez hasta la civilización más refinada, científica y profunda. Encontramos tribus de pastores que viven á la ventura y comarcas industriales y agrícolas organizadas por castas; grandes sociedades manufactureras que sostienen un comercio activo, y no obstante los trabajadores y obreros están reglamentados cual si fuesen esclavos, mejor dicho, son esclavos de hecho; y pueblos, en fin, regidos por el sistema representativo, donde el operario recibe su salario antes convenido como recompensa de su trabajo. No queréis el salario por creerlo denigrativo, y proclamáis la colectividad anárquica constituyéndoos en poder político para la abolición de las clases. ¿Pues qué, estas clases no tienen el mismo derecho de rechazar unidas la fuerza con la fuerza?

Á tanta variedad de situaciones, podemos añadir que unos son monoteístas y otros politeístas, que los hay monógamos y polígamos, y que se descubre donde quiera que se dirija la observación atenta y desapasionada, la esclavitud, la servidumbre ó el salario. La guerra, de que tanto se ha hablado en opuestos sentidos, la destrucción y la muerte civil, existen hoy en el último quinto del siglo XIX, como han existido siempre, como nos recuerda la historia de la humanidad en todos sus períodos. Ved porque no me canso de calificaros de utopistas y soñadores. Hoy estudiáis los usos y las armas de aquellas regiones poco ilustradas y mañana les llamaréis razas adámicas, monumentos prehistóricos y utensilios de una época desconocida y fabulosa ó reclamaréis ciertas leyes que habéis prohibido por pareceros contrarias á la libertad y que sólo castigaban al monopolio que hoy se ejerce en todas las esferas.

Bien sabemos que todas las naciones, y especialmente las europeas, se hallan minadas por sociedades secretas, sociedades que con distinto nombre están socavando y destruyendo el orden moral y el sentimiento del derecho, que todas viven sobre un inmenso volcán, el cual puede estallar de un momento á otro. Es una conspiración vasta, profunda, quizá universal, sostenida por el proletariado, que ha declarado guerra á muerte á cuanto existe, valiéndose del asesinato, de las exacciones, de la tala, del incendio, del robo, del secuestro, de la huelga y de toda suerte de atropellos, amenazas y destrucción, el cual tiene su correspondiente tribunal de sangre, fundado en el nihilismo absoluto. ¡Guerra al capital cualquiera que sea su procedencia; guerra á la sociedad en todas sus jerarquías! Estos son los axiomas fundamentales de estos clubs tenebrosos; todos los medios son buenos, dicen, si conducen á realizar el primer objeto, la liquidación social.

¿Qué más? El manifiesto que en febrero de 1883, el señor Piat daba á sus correligionarios recomendándoles la candidatura de Berezowski para sustituir al señor Gambetta, decía: «Obreros, Berezowski es obrero; republicanos, Berezowski es regicida; ciudadanos, Berezowski es un forzado (presidiario). Votadle, pues, á él, que representa el derecho al trabajo, el derecho á la república y el honor del deber. Sí, rehabilita el deber, honra la pistola... Tenéis de ella necesidad ante la triple negación de vuestra soberanía: los príncipes, los clérigos y los propietarios. Nadie como Berezowski ha prestado tantos servicios, ha sufrido tanto y tiene la misma energía, la misma audacia y el mismo odio contra los comunes enemigos. Basta de palabras, basta de escritos. No se trata de talento, de saliva, ni de tinta. Es necesario sangre, es necesario fuerza. La república peligra; sólo la elección de Berezowski puede salvarla, sino le elegís, está perdida...» Después de este lenguaje que sintetiza toda la inmoralidad y perversión del sentido político, son inútiles los comentarios; el alma desfallece y ve aniquilarse por instantes el amor á la patria y los sentimientos de honradez y virtud propios de todo ciudadano.

¿Convendría estudiar el estado en que se hallan las corporaciones obreras, trabajadoras y proletarias, comparándolas con la clase media, con la *bourgeoisie*, con los grandes capitalistas y hasta con la aristocracia? Indudablemente; semejante estudio sería humanitario y hasta conveniente para el porvenir de todos. Es innegable que en los Estados de la Unión americana en medio de su deslumbradora opulencia, los obreros en su mayor parte viven hacinados y faltos de todo, y en particular de higiene y moralidad; allí el desequilibrio es espantoso. En Europa hay en el fondo miseria; sí, mucha miseria; pero ciertas regiones industriales y manufactureras gozan de mayores comodidades que las circunscripciones rurales y exclusivamente agrícolas, sujetas á los

cambios inesperados de la atmósfera, donde las nieves y las heladas durante los meses de marzo y abril destruyen las esperanzas mejor fundadas del aplicado labrador. Llamen también la atención los precios fabulosos que en todas partes alcanzan las primeras materias necesarias é indispensables para vivir, y la escandalosa subida que han tomado las viviendas, cuyos alquileres son siempre desproporcionados al estado en que vive la generalidad de los obreros y menestrales. Dificiles serán siempre estos problemas, por luchar en ellos intereses individuales encontrados, y la organización del trabajo en el terreno práctico, deberá basarse en una libertad recíproca y razonable entre el beneficio que su importancia reclama y el salario que le corresponde atendiendo á las circunstancias y detalles en aquel momento, ya en los mercados y puntos de consumo, ya en las poblaciones donde se confeccionan; pues si con efecto merece grande consideración la mano de obra, son dignos también de respeto el capital y la inteligencia.

En los países civilizados de Europa y América la cuestión obrera preocupa no sin razón á los gobiernos y legisladores, á los estadistas y hombres de ciencia. La solución de los problemas que ha presentado la sociología es difícil y complicada si ha de encontrar una fórmula satisfactoria que concilie y salve tales intereses de suyo opuestos y antagónicos. Así vemos que todas las academias, sociedades, congresos y reuniones de hombres ilustres, los municipios de las ciudades más importantes, delegaciones especiales y hasta los mismos gobiernos por medio de cuestionarios dirigidos á los sindicatos gremiales, desean saber, y que se les conteste con lealtad y franqueza, la opinión que hayan formado acerca las causas de ese malestar de las clases trabajadoras, que tiene en continua alarma á los pueblos y á las naciones.

¡Ah! al terminar el siglo XIX los estadistas previsores y concienzudos contemplan, llenos de espanto, el estado colosal del desarrollo á que ha alcanzado el *crédito*. Los pueblos asociados según sus constituciones políticas y su posición geográfica, emprenden grandiosos proyectos con capitales enormes, que sirven para fomentar varias industrias potentes, las cuales alimentan á millones de individuos y son el áncora salvadora del comercio. De aquí esas luchas volvemos á repetir, entre el capital y el trabajo, entre el burgés y el obrero. De aquí esa multitud de sociedades en menor escala que monopolizan los principales elementos para la vida y el encarecimiento de las subsistencias y de las viviendas: el obrero y el menestral no cubren con el jornal de todos los días las imperiosas necesidades que exige la vida por modesta que sea y aun con las privaciones que impone la pobreza. El abuso del papel moneda, los valores nominales representados por millones de títulos que circulan en los centros bursátiles, los enormes gastos de todos los gobiernos europeos que exigen

esos formidables ejércitos permanentes, provistos de un material de guerra fabuloso; los presupuestos generales de las naciones y aun de las provincias y municipios, acusan cifras abrumadoras, que indudablemente han de conducirnos á graves crisis y á soluciones poco tranquilizadoras. ¿Cómo remediar tamaños males, cuando son la consecuencia legítima del tan decantado progreso?

La libertad en todos los hombres como consecuencia del libre albedrío, es la que impulsa la razón y el pensamiento á ideas generales y abstractas, para que el hombre elija entre aquello que más le plazca y encuentre conforme con su voluntad libre y señora. Así es que dentro de sí, la humanidad tiene todas las condiciones naturales para preferir esto mejor que aquello, y si en casos dados y en situaciones marcadas escoge lo peor ó lo más malo, será porque le complace esta elección, puesto que en su mano estaba evitarlo, escogiendo lo bueno, lo útil, lo mejor, lo más conveniente y aceptable. El excelentísimo Señor Don Antonio Cánovas del Castillo, al combatir el determinismo, siguiendo estas ideas espiritualistas, ha dicho: «La voluntad, la libertad, la responsabilidad constituyen de consuno la moralidad, y sucesivamente se ejercitan en lo íntimo del hombre; cada vez que él decide acomodarse ó nó á la ley moral. Suprimase dicha ley, con su sentido estético, desinteresado, tal como lo siente y conoce el género humano, y veremos cuán imposible sea establecer ninguna esencial diferencia entre una ú otras obras humanas, y entre éstas y las de los seres irracionales: no habría más ni actos morales, ni actos jurídicos; todos por igual serían indiferentes ó arbitrarios. Y la moralidad, por su lado, no existe sino cuando se juntan con lazo estrechísimo, en la conciencia, lo cósmico, de que tan exigua parte somos, con el principio universal perfecto, incógnito, infinito que sobre todo cuanto es, está. Lo cual significa que no basta á producir la moralidad la afirmación, ni aun el conocimiento de la ley moral, sino que se necesita asimismo una convicción, religiosa ó deísta, pero que al fin confiese á Dios. Dicho se está, no obstante, que para mí no es moral perfecta más que aquella que predicada como la Religión definitiva por el Cristianismo, vive, florece, impera todavía en el mundo culto; aquella que ha de informar siempre, quiérase ó nó, el progreso de que tan orgullosos estamos.» ¿Y este progreso que tanto se enaltece en nuestros días, será una de tantas leyes del socialismo? No sabemos hasta que punto se puede aceptar.

Vemos, con efecto, que la ley del progreso humano se realiza en las sociedades modernas, y especialmente en Europa y América; pero falta completamente en muchos pueblos antiguos, aun cuando el racionalismo y el positivismo unicista la exageren de un modo inconveniente é inoportuno. Y con sobrada razón preguntan algunos sabios, ¿por qué esos imperios del Asia oriental, tan florecientes un día, lejos de progresar siguiendo la ley de la humani-

dad, han desaparecido unos, y otros se hallan en marcada decadencia? ¡Ah! jamás hemos sido esclusivistas; mas en la historia creemos encontrar la causa de tan sorprendente fenómeno. El Oriente siguió la escala progresiva de su desarrollo intelectual, moral y político, y llegó á todo su apogeo; vivió inmóvil durante muchos siglos; creencias, costumbres, industria, comercio, nada progresó entre ellos ni pasó de cierto límite, y las guerras y las revoluciones lejos de mejorar su precaria situación y abrir nuevos horizontes trajeron ruinas y desgracias para cambiar solamente de dueños y señores: el Oriente debía de generar de un modo paulatino. El Occidente, como de un mismo origen, siguió paralelamente aquel desenvolvimiento progresivo en todos los conocimientos humanos; Grecia y Roma alcanzaron el apogeo de sus glorias y de una civilización vigorosa; se habría, tal vez, paralizado para comenzar su decadencia, al menos así lo daban á conocer el estado civil y político; cuando la presencia del Cristianismo cambió totalmente la manera de ser, para que se abrieran nuevos manantiales, donde brotaron las límpidas linfas de este progreso indefinido, que impulsa á la humanidad hacia un bien inefable en el seno de la omnipotencia de Dios.

Si el positivismo ha pretendido que la moral no sea más que un simple episodio de la higiene, ó bien una necesidad cooperativa, resultado inevitable de la asociación de los hombres, representada por el *otroísmo*, el cual se opone á todo sentimiento egoísta, con ello nada adelanta, ni resuelve cuestión alguna; porque las máximas sublimes y santas del Evangelio se hallan muy por encima de todos estos abortos de imaginaciones extraviadas. La ciencia de estos sabios librepensadores no alcanzará jamás á rebajar en lo más mínimo la verdad de la moral cristiana, porque ni el impulso irresistible que se supone en el hombre por P. Janet, para su perfeccionamiento físico y racional, ni el ideal antiegoísta del italiano Ardigo, ni mucho menos la fórmula de H. Spencer para conseguir lo que llama hombres *honrados*, ciudadanos de *buena conducta*, lo mismo que el triste pesimismo de Schopenhauer y Hartmann no servirán sino para demostrar, una vez más, la inconsecuencia del positivismo y del unicismo. No hace mucho tiempo que el señor Teodoro Reinach preguntábase á sí propio si sería posible que el problema sobre la moral se resolviera. «Sólo al porvenir toca decirlo, escribía éste casi escéptico positivista; pero motivos hay para no abrigar en ello sino modestísimas esperanzas. El bien existe; los hombres lo practican sin conocer la razón; algo hay que dice que cada día se depura en ellos la conciencia, y determina con más exactitud la extensión y naturaleza de sus deberes; pero la moralidad es un misterio, y, como el silencio, desaparecería si saliese su definición de los labios.»

También se ha pretendido que la sociedad humana desde sus primeros al-

bores, no ha sido otra cosa más que un organismo evolutivo, que en su desarrollo sigue las mismas fases del organismo individual; pensamiento emitido por el Marqués de Condorcet en el pasado siglo. Examinadas las proposiciones que derivan de este principio al parecer tan sencillo como inocente, se encuentra un materialismo profundo y radical, muy exagerado y hasta repugnante á la lógica y al buen sentido. Los que creemos en Dios y en la creación, los que seguimos con fe todos los dogmas y preceptos que nos enseña nuestra santa madre la Iglesia católica y romana, y estudiamos los problemas de la metafísica y de la biología, no podemos menos de rechazar semejantes hipotéticos delirios. La evolución paleontológica es un problema perdido para el positivismo y el unicismo, y tanto la hipótesis transformista como la heterogénista se hallan en completa derrota. Si con efecto el reino hominal está dotado del libre albedrío, como no es posible dudar, y éste por su heterogeneidad formula la ley del pensar y del querer, podremos aceptar como leyes fundamentales propias y peculiares á los hombres, la ley del progreso y la de asociación.

La síntesis de todo organismo sociológico con carácter definitivo será una quimera y los resultados prácticos que han dado los delirios de Carlos Fourier, Saint Simón, y Augusto Comte lo han demostrado con la mayor evidencia. Cuando se examina el hombre sólo en su estado de animalidad, cuándo se le circunscribe á un determinado período de su historia, ó se le considera como un parásito que vive sin saber por qué sobre la superficie de la tierra; como un insecto microscópico que anida en la piel de este gran monstruo, abandonado al azar y sin Providencia alguna directriz...; dicho se está que las consecuencias son terribles y espantosas y el porvenir del humano linaje un fondo tenebroso y desconsolador; ya se llame Fourier, Saint-Simón, Dagheot ó Comte, Spencer, Subbock ó Hæckel el sabio que ha difundido tan extravagantes hipótesis, y tenido la audacia de consignar, cual si estuviéramos entre una horda de antropófagos ó caribes, que «hay derecho á creer que la necia filantropía (ó sea la caridad cristiana), que no piensa sino en disminuir los males del momento, sin hacerse cargo de los lejanos ó indirectos, es más funesta al humano linaje que el egoísmo extremo.»

Aquí para terminar, no podemos prescindir de copiar literalmente unos párrafos de un discurso académico del excelentísimo Señor Don Fernando Cos-Gayón. «La Religión es eterna, dice este ilustre filósofo y eminente político, contra ella no prevalecerán los ataques de sus enemigos. El sentimiento religioso, mientras la tierra no pueda satisfacer las aspiraciones del hombre al infinito, es decir, siempre, formará parte integrante del alma humana, que no se dejará mutilar por las abdicaciones de una metafísica debilitada, ni por las

osadías de un naturalismo temerario. Los misterios, siempre por sí tremendos, que la muerte y la vida futura encierran, nunca serán tan seriamente pavorosos por las profecías de la ciencia contra todas las razas como por el recuerdo de la culpa en la conciencia del individuo. El sentimiento común es también inmortal, y ante él pasarán sin aniquilarlo todos los sofismas y todas las paradojas. La autoridad, la propiedad, las instituciones necesarias en las sociedades humanas, subsistirán á pesar de todas las amenazas que se les dirigen. El orden político mismo no desaparecerá nunca en definitiva, porque ningún país tolera gobierno ni anarquía que lleguen á hacerse insoportables. Lo que sí puede menguar, lo que definitivamente disminuye, y pierde y muere, son las naciones.

»Y ninguna ha sido tan accesible como la nuestra á ciertas ideas perturbadoras. Sistemas filosóficos perniciosos que en otros pueblos, donde nacieron, no han logrado producir confusión sino en las escuelas, en España la produjeron en todas las esferas de la vida nacional. El federalismo de Proudhón, el individualismo de Krause y de Roeder, en ningún otro país tuvieron tanta fortuna como en el nuestro para encontrar discípulos poderosos que los llevarsen á las realidades de la historia; y síntomas graves se han notado más de una vez, de que el naturalismo y el socialismo podrían estallar en tremendas demostraciones de que en el suelo de nuestra patria sus semillas han germinado con abundancia y vigor excepcionales. Por algo, entre nosotros, el siglo XIX ha sido más agitado y turbulento que en ninguna otra parte; por algo hemos consumido más que ningún otro pueblo en guerras civiles y en revoluciones las fuerzas que habríamos empleado mejor en la paz y el orden; por algo nos hemos quedado tan atrasados en tantas cosas respecto del movimiento general del mundo civilizado.

»Para que ese atraso no se convierta en mayor peligro, para que nuestra patria se prepare á ocupar un puesto menos rezagado y una situación menos debilitada entre las naciones europeas, es preciso, que en España, más que en ninguna otra parte, los hombres pensadores trabajen sin descanso, haciendo tan activa la propaganda de la verdad como lo es la del error.»

Concluamos pues la *primera parte* de nuestra tarea, harto comprometida y enojosa al presentar la serie de acontecimientos y vicisitudes así literario-científicas, como filosófico-político-sociales que ha recorrido el siglo XIX, desnudas de un criterio apasionado y de la intolerancia de escuela. Demos con agrado y con fe á Dios lo que le pertenece, que es nuestro corazón, nuestra razón y nuestro entendimiento, suya es nuestra alma; y procuremos en este mundo de desdichas el bienestar de nuestros hermanos, mejorando las leyes civiles y las condiciones morales para que no nos arrastren á mistificar los derechos y los